MARTIRIO SIN GLORIA

MARTIRIO SIN GLORIA

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los mansos de corazón, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

(BIENAVENTURANZAS.)

Amanecia una fria mañana de Febrero, y el sol iluminaba perezoso la nevada sierra del Guadarrama, cuando una joven apareció en la puertecilla falsa de una quinta muy hermosa, situada á una legua de Madrid, en el camino de Francia, ó sea al Norte de la coronada villa.

La puertecilla se abría en la tapia, llena de telarañas por la parte exterior; gracias al aceite que se habia extendido en sus goznes, no chirriaba, á pesar de lo enmohecidos que éstos se hallaban, y la joven mencionada pudo adelantar medio cuerpo para mirar á la carretera.

El frio era tan penetrante, que sus ojos se llenaron de lágrimas por la punzante impresión que recibieron.

Miró á lo largo del camino, y no vió sin duda á la persona que buscaba; sólo un carretero guiaba penosamente sus mulas, cantando del modo ronco, desapacible y destemplado con que suele hacerlo esa clase de gentes.

La joven entró en el jardin, que era donde se hallaba, entornó la puertecilla falsa, y se dejó caer en un banco, llena de abatimiento, y temblando de frío, y quizá de emoción.

El jardin era grande, extenso, hermosísimo; conociase que, en la época del verdor y de las flores, debia ser una maravilla; entonces los árboles apenas tenian algunas yemecitas verdes, que anunciaban habian de tener hojas; las flores y las plantas delicadas se hallaban cubiertas con tapaderas de esparto y de cristal.

Poco á poco el sol se fué levantando majestuoso, disipando la niebla de la mañana, que semejaba una densa masa de humo blanco, y sus rayos deslumbradores empezaron á dorar las altas copas de los árboles.

La joven alzó la cabeza con sobresalto, como si la luz fuese para ella un enemigo peligroso: entonces pudo verse su rostro, más gracioso que bello, más simpático que hermoso, y que, si hubiera estado animado por la expresión de la dicha, hubiera sido encantador y lleno de atractivos.

Era, más bien que una mujer, una niña, pues no pasaba de quince años: su estatura, bastante alta para su edad, no tenia aún formas distintas; pero ya se advertia en aquella figura infantil una gracia suprema.

Su cabello, casi negro, pues era de un castaño muy oscuro, espeso y brillante, se reunia en gruesas trenzas, que servian como de marco a su carita trigueña, algo pálida y espléndidamente iluminada por dos hermosos ojos negros, rasgados, y guarnecidos de largas y convexas pestañas negras: contra lo que generalmente su cede en los ojos oscuros, las cejas de aquellos eran finas, delicadas, y formaban un arco tendido y perfecto: así es que, lejos de haber dureza en ellos, tenian una dulzura infinita y encantadora.

À causa de la delgadez de la cara y del tipo especial de aquella niña, su boca era tal vez algo grande; pero el hermos o esmalte de sus dientes, iguales y pequeños como una sarta de perlas de Oriente, sobresalia al reirse, semejante à una línea de nacar, en el color rosado de sus labios.

Todo armonizaba en aquella gentil figura para que fuese el complemento de la candidez, de la gracia, de la más perfecta inocencia, y, en particular, de la más rara dulzura, de la más exquisita sensibilidad.

Llevaba un peinador de merino blanco , y sobre él una capa de paño de color claro : una toquilla de tul blanco se anudaba bajo su barbita

fina y adornada de un precioso hoyuelo, y dejaba escapar la rica profusión de sus cabellos.

Cuando alzó la cabeza, miró como asustada al horizonte, y murmuró en voz baja:

-¡Cuánto tarda, Dios mio! ¿No vendrá?

El galope de un caballo le respondió: levantóse, y fué corriendo à la puerta falsa; pero su emoción fué tal, que á su natural rosada palidez sucedió otra casi lívida, y bajo el merino de su bata se hubiera podido ver latir su corazón como el ala de una paloma herida.

El caballo que llegaba se detuvo à la puerta, y de él se apeó un joven de gallarda y elegante figura.

Un criado venía con él : desmontó igualmente, y se quedó guardando el suyo y el de su amo.

-¡Fernanda!-exclamó el recién llegado, asiendo la mano de la joven, y entrando con ella en el jardín.

- ¡ Yo pensé que no venías hoy! - murmuró Fernanda.

—¡No venir hoy! (repusó él, sentándose al lado de la joven en el mismo banco en que ésta se hallaba poco antes.) ¡Hoy, hoy que vas a ser de otro! ¡Pero no ; aún tengo la esperanza de disuadirte de esa fatal obediencia....; aún espero que te decidirás á ser libre y un dia dichosa conmigo!

Fernanda sacudió tristemente la cabeza con un ademán negativo.

—Jorge (observó): ya sabes que no sé resistir à mi padre : hoy me casaré con el Barón.

—¡Entonces no me amas!¡Entonces hace un año que me estás engañando!—exclamó impetuosamente Jorge.

—Te amo (repuso la joven con más firmeza de la que hubiera podido esperarse de su tierna edad); pero no puedo abandonar á mi padre, que me pide mi auxilio con las lágrimas en los ojos...; le amenaza una quiebra..., es decir, la vergüenza, el deshonor, y el Barón ha ofrecido salvarle.

-; Á costa de tu dicha!

—No importa el precio....; no seré feliz, porque no le amo; pero siempre está la conciencia tranquila cuando se cumple un deber.

Jorge ocultó su semblante entre las manos, y dejó escapar un sollozo: la joven le miró con expresión desgarradora: luego separó aquellas manos del rostro del que amaba, y las guardó entre las suyas.

—Jorge (le dijo con voz palpitante y alterada); no te aflijas así, porque me matas...; aliéntame, si es que me amas, á cumplir con este sagrado pero duro deber....; dime que debo salvar á mi padre, porque necesito oirlo para hacer el sacrificio de mi misma; escucha....: anoche dormía yo, después de muchas horas de insomnio y de aflicción....; era mi sueño tan agitado por el dolor, que no pudo durar largo rato, y desperté....; sentí una mano humedecida, y en ella como el calor de unos labios....; creí soñar...., pero entreabri los ojos, y, á la débil luz de mi lamparilla, vi á mi padre arrodillado junto á mi lecho, que apoyaba sus labios en mi mano, que lloraba, que exclamaba entre sollozos.... «¡Perdón, hija mia, perdón!» ¡Oh, Jorge! Tú no sabes lo que es ver llorar á un padre que tiene ya la cabeza blanca! Me incorporé, y le abracé consolándole.

—Hija mía (exclamó); mi querida Fernanda, te sacríficas por mí..., pobre victima de las calamitosas circunstancias por las que los negocios atraviesan; tú vas à pagar más que nadie mi ruina...; tú, infeliz niña, que aún no has visto el mundo, enlazada à ese hombre depravado, que te compra como se compra una joya....; No, no! Yo moriré...; pero tú te casarás con Jorge, con el que amas.... ¿qué importa que sea pobre? Su carrera de medicina le dará en breve para proporcionarte, no sólo la subsistencia, sino la dicha, que es el pan del alma...; Venga el deshonor..., venga la muerte, antes que tu sacrificio!

—¡Padre mío (le dije): esos pensamientos son culpables: ¡la muerte! ¿Qué hay detras del suicidio? Yo creo que mucho más deshonor que en sobrellevar la vida con todos sus dolores, con todas sus humillaciones: y luego, ¿piensas que yo podría ser dichosa con Jorge, sabiendo que podía salvarte, y no haciéndolo? El Barón me compra, es verdad; ¡bendito sea Dios que me da valor á sus ojos!.... No quiero que te aflijas más....: por mi parte, heme aquí serena, resignada, feliz por salvarte.... Mañana seré la baronesa de Valde mar.

Fuerza me es decirlo: mi padre se retiró consolado, y casi tranquilo acerca de mi suerte: tal convicción supe dar á mi acento, tal seguridad á mi mirada.

Esta noche, pues, Jorge, me casaré con el barón de Valdemar: esta es nuestra última despedida.

—¡La última! (repuso Jorge sombriamente.) Esta noche salgo para Cádiz, donde me embarcaré para América. Fernanda iba a responder : su agitación la hizo palidecer de nuevo densamente, y la voz se apagó en sus labios : era una naturaleza delicada, sacudida por el dolor con mortal violencia.

Oyóse de repente un paso rápido, y una mujer apareció en la calle de árboles à cuyo fin se hallaban sentados los dos jóvenes.

-;Ah, señorito Jorge! (exclamó.) ¿Ha convencido V. ya á mi niña de que va á hacer una locura?

—No (respondió con desesperación el joven): es imposible convencerla, Marta; Fernanda se empeña en sacrificarse, y lo hará; qué rara perseverancia en querer darse la muerte!

—¡ Qué gran fortaleza necesito para cumplir ese gran deber! (exclamó la pobre joven, con voz profundamente triste.) ¡ Y qué crueles sois vosotros en quitármela en vez de darme aliento.! Morir.... ¿ Y qué es morir, cuando, para evitar la muerte, tengo que ver la deshonra de mi padre, que mañana se declararía en quiebra? ¡No, no temáis por mi; mi conciencia me librará de la muerte; pero, si Dios me llama, mi madre, que está en el cielo, me espera y me bendecirá!

Al hablar así, los negros ojos de la joven despedian una luz sublime, y se elevaron al cielo con tanto fervor, que Jorge la contempló como arrobado y mudo de respeto y de admiración.

—Es que (dijo Marta) yo he ido á Madrid expresamente á tomar informes del señor Barón, y he sabido cosas que....

—¡Cállalas! (exclamó Fernanda): calla, nodriza, porque ya debes respetarle como à mi marido.

—¡Pues yo quiero decir á V., señorita, para ver si cambia de parecer, que el señor Barón es eterno perseguidor de mujeres: que pasa las noches jugando y arruinándose en el Casino: que se emborracha cada día como un lacayo: que á su esposa primera la mató á pesadumbres!....¡Vaya!¡Pues no faltaba más, sino que yo callase esas cosas!

—Pero, desdichada, ¡qué haces con saberlas y decirmelas, si yo no pûedo ni quiero retroceder! (dijo Fernanda.) Lo mismo me casaría con él., aunque fuera un bandido!.... ¡aunque fuera un asesino! ¿Lo entiendes? ¡Si salvase á mi padre, lo mismo, lo mismo!

Fernanda, presa de su exaltación dolorosa, y agotadas sus fuer-

La nodriza, desesperada, se arrojó llorando sobre la inanimada joven, y la estrechó en sus brazos: Jorge la contemplaba lleno de admiración y de dolor.

El desmayo duró sólo algunos segundos. Fernanda se levantó, apoyándose en el brazo de su nodriza, y dijo á Jorge con voz alterada y trémula:

-; Adiós!

—¡Adiós, y ojalá halles en tu conciencia toda la dicha que mereces, mi pobre y querida Fernanda! (exclamó el joven.) Á lo menos, sírvate de consuelo que hay en la tierra un corazón todo tuyo: ¡un corazón que no amara jamás á nadie más que á ti!....; Si alguna vez necesitas de un amigo, de un apoyo, de un consejo, acude á mí! Escribiré á Marta, que sabra siempre dónde me hallo.

Besó, dicho esto, la mano helada de Fernanda, y se dirigió a la puertecilla; ya allí, volvió y estrechó convulsivamente á la joven contra su pecho, que levantaba profundos sollozos; salió después con paso atropellado y vacilante, y bien pronto el galope de dos caballos dió á conocer que se alejaba.

—¡Dios mio! ¡Id con él! (exclamó la joven.) ¡No le abandonéis.... ni à mi tampoco!

Y apoyándose en el brazo de Marta, atravesó con trabajo el jardin, y entró en la quinta.

II.

Fernanda llegó con penoso paso hasta su cuarto, y se dejó caer en uno de los silloncitos que había en él.

Era aquella una habitación de niña, primorosa y sencilla, como el carácter, como el alma de la que la habitaba.

En ella se veía la camita blanca, cubierta con cortinas de muselina estampada; en el balcón había muchas macetas, que la mano robusta de Marta había sacado para que tomasen los rayos del sol de Febrero, y que por la noche entraba para preservarlas de la helada; gracias a este cuidado, conservaban su verdor y su fragancia, y ostentaban ya tiernos pimpollos próximos a abrirse.

El mueblaje era azul y blanco; una mesa de tocador sostenía un espejo velado por cortinas de muselina con transparente azul.

Fernanda, como ya hemos dicho, se dejó caer con desaliento y fatiga en un sillón, y su capa de abrigo se desprendió, dejando al descubierto su lindo talle, que lucía toda su gracia aun entre los pliegues de su bata de cachemira blanca.

Apenas se había sentado, asomó por la puerta una bella y risueña cabeza de muchacha, tan sonrosada y tan fresca como era sentimental é interesante la de Fernanda.

Ésta no la vió; había doblado la frente sobre el pecho, y permanecia entregada à un abatimiento profundo.

La que había asomado se adelantó de puntillas, se arrodilló en el almohadón que Marta había colocado á los pies de la joven, tomó sus manos cariñosamente, y murmuró:

-¡Valor, Fernanda!

199

-: Ah, Leticia! : Todo acabó para mi! - gimió la pobre niña, apovando su frente en la rubia cabeza de la joven arrodillada à sus pies, y derramando un torrente de lágrimas.

- ¿Le has visto? - preguntó Leticia.

-Si, prima mia, si: ¡le he visto, y me he despedido para siempre de él!

- Desgraciada niña! - exclamó Leticia, llevando á sus ojos azules su mano para enjugar una lágrima, próxima á deslizarse por su rosada meiilla.

-Valor (se dijo á sí misma Fernanda, alzando la cabeza); lo hecho, hecho está, v no me arrepiento: Dios me dará fuerzas para olvidar à Jorge.

-Así lo espero (repuso Leticia): el mundo, además, se encargará de hacértelo olvidar : el mundo en el cual vas á ser una gran señora : casi es una ventaja para ti , Fernanda mía , el que , á causa del estado débil de tu salud, te hayan confinado los médicos en esta quinta con Marta y conmigo, porque asi, como nada has visto todavia, todo te sorprenderá; y luego à los quince años, ¿ qué no parece hermoso en el mundo? Á mi me encantó lo poco que vi cuando mi tío me llevaba à Madrid.

-Puede encantar à una el mundo cuando es feliz (exclamó Fernanda suspirando), y tú lo eres, prima mia. ¡Ah!¡Qué distinta es nuestra suerte! Tu padre murió en una modesta medianía vecina de la pobreza, y te dejó encargada al mío: nada tenías que salvar en tu buen padre, y tus deberes para con él se reducen á rezar sobre su tumba : el mio se enriqueció....; fué uno de los primeros banqueros de Madrid....; luego la desgracia ha amenazado sus intereses, su honor mismo, y se ha hallado, no sé si por fortuna ó por desgracia, un hombre que me compra y da por mi dinero bastante para salvarle de la ruina: tú amabas á un joven que seguia la carrera de medicina. y le amabas sin contrariedad : un compañero suvo me amó, y mi padre no se oponía á esta afección; pero ahora todo ha cambiado: tú eres libre, porque eres pobre y porque puedes casarte con el que amas: yo no; ¡ah! ¡Qué distinto destino el nuestro!

- ¡La mitad de mi vida daría porque te pudieras casar con Jorge como yo con Gustavo! (exclamó Leticia, estrechando á su prima entre sus brazos.); Pobre niña mia, á la que amo y he amado siempre como

à mi hermana menor! No pensaba en verte tan profundamente desgraciada cuando te mecia en mis brazos, cuando jugaba contigo al volante, cuando vestía tus muñecas; yo soñaba para ti todas las venturas de la tierra; el amor, la riqueza, la dicha en el matrimonio, y à disfrutarlas todas parecias destinada; y, sin embargo, hoy te veo marchita, abatida por la pena, como una flor tronchada por el viento, y eso cuando aún no has deiado del todo los juegos de la infancia: ¿ por qué no puedes casarte con el pobre joven á quien amas, como me casaré vo, ó por qué no soy yo la destinada al sacrificio?

Hablando así, Leticia cubría de besos la frente y las mejillas de su prima con una ternura que explicaba claramente cuanto la amaba.

-Vamos (dijo Fernanda, levantándose); valor: me consuela la idea de que vov á librar á mi padre de la ruina y del deshonor, y de que mi buena madre, á la que no he conocido, me bendecirá desde el cielo: ¿ se ha levantado mi padre va?

-No se ha acostado (respondió Marta); he visto luz en su cuarto, y le he oido andar toda la noche.

Arregladme un poco el cabello; luego mandad que se sirva el desayuno, y llamadle.

Marta recogió los hermosos cabellos de Fernanda, y después fué à avisar à su señor, reuniéndose en el comedor las dos primas con

Imposible hubiera sido conocer, al verla sentada à la mesa, à aquella niña sumergida poco antes en la más honda desesperación: su semblante estaba animado de una placida sonrisa: su frente, al parecer, tranquila: su prima y la nodriza la miraban estupefactas y sin poder comprender tal fortaleza.

Leticia sirvió, según costumbre, á su tio y á su prima: era aquel un hombre de grave y noble figura, que no pasaba de cincuenta años, pero cuyos cabellos habían blanqueado ya completamente por los cuidados y las fatigas de una existencia laboriosa : padre de seis hijos, la última era Fernanda, que había perdido á su madre cuando apenas contaba un año de edad, y que se creía hubiera heredado la afección al corazón que llevó á aquella al sepulcro á la edad de treinta años.

constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando à la ideació leon la ideació le constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando à la ideació le constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando à la ideació le constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando à la ideació le constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando à la ideació le constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando à la ideació le constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando à la ideació le constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando à la ideació le constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando à la ideació le constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando à la ideació le constantemente en el campo de la constante en el Por esta causa los médicos aconsejaron al banquero que la tuviese

BLOTECA INIVERSITARIA "ALFORISO REVES" 1525 MONTERREY, MESTO de perder à su última hija, como había perdido à los demás, se había apresurado à comprar aquella quinta cercana á Madrid.

Fernanda iba lo más tres veces al año á la corte para comprar algún traje, ó para ver alguna ópera ó comedia nueva.

Su prima Leticia, dos años mayor que ella, é hija de un hermano de su padre, era su compañera y su amiga; además, se hallaba al lado de Fernanda, Marta su buena nodriza, una doncella y un criado, y su padre se podía estar en su casa de Madrid, montada con gran fausto y riqueza, sin cuidado alguno por la suerte de su hija, à la que, sin embargo, iba à ver todos los domingos.

- -Papá (decía Fernanda): ¿ por qué no vives conmigo?
- -Hija mia, porque necesito estar en Madrid para trabajar.
- -¿Y por qué trabajas aun?
- -Para que tú seas rica y dichosa, hija mía.
- -¡ Yo no deseo ser rica, papá!
- -Yo deseo que lo seas; si la riqueza no es la felicidad, es, á lo menos, una gran parte de ella.

Una señora viuda, que vivia en una quinta inmediata, pasaba algunos ratos con las dos niñas, Leticia y Fernanda: esta señora poseía una modesta fortuna, con la que sufragaba la carrera de medicina de su hijo Gustavo: este vió crecer, como suele decirse, á la linda Leticia, y la amó: ella le correspondió con tanta alegría como ingenuidad: era su primer amor, y Gustavo era gallardo y elegante, á la par que buen hijo, y estudiante aprovechado.

La buena señora avisó al banquero de aquella pasión naciente, temiendo que se la tachase de interesada.

—Déjeles V. que se amen, señora (contestó aquél); mi sobrina no es rica, porque mi hermano, que era su padre, y yo hemos vivido pobres largos años; pobre murió él, y mi trabajo y mi buena estrella me han dado después alguna fortuna. Pues bien: ya que esta fortuna no la he podido partir con mi hermano, daré una parte de ella á su hija, à la cual miro como mía. Leticia llevará doce mil duros de dote, lo que, si no es una gran cosa, les ayudará á vivir; siga Gustavo estudiando como hasta aquí; acabe su carrera, y que se casen y sean felices.

De esta suerte nació y creció aquel puro , alegre , feliz y confiado amor. Leticia amaba con pasión , con felicidad, á Gustavo; y éste la

amó con un entusiasmo que le libertó de todos los peligros de su edad, y le animó en la senda del trabajo y del deber.

El último verano, y durante las vaciones, llevó Gustavo à casa de su madre á uno de sus amigos, que contaba tres años más que él, é iba ya á terminar la carrera; era un joven de veinticinco años, grave, reflexivo, algo melancólico, y de una figura más bella y elegante que la de su amigo; vió á Fernanda, y la adoró: hallaba en aquella niña enfermiza y débil algo superior á las demás mujeres, algo que en ninguna otra había encontrado.

Y era que Fernanda unía al talento más profundo, el alma más bella y la más angelical inocencia; era un espíritu bajo la apariencia de una niña encantadora, un espíritu revestido con la forma más seductora que puede tomar la adolescencia.

Un hombre vulgar no podia comprender lo que valía Fernanda. Un hombre superior como Jorge debía adorarla, y no podía ya pensar en ninguna otra mujer del mundo.

—Amaos (les dijo el banquero) ; sólo deseo que mi hija sea dichosa , y que se case con el hombre á quien elija su corazón.

Pero de repente, y á entradas del invierno, los asuntos del banquero empezaron á tomar el más amenazador aspecto; la crísis comercial que agobiaba á la nación, alcanzaba también á su casa; los negocios, completamente paralizados, no rendían provechos; la opulenta casa del Sr. B..... estaba amenazada de suspender sus pagos, y el cabello del banquero se volvió del todo blanco en una semana.

Una mañana recibió una carta, sellada con unas armas que conocía : eran las del barón de Valdemar, opulento señor, joven elegante, y que había viajado por toda Europa durante diez años.

La carta contenía estas palabras:

«Seis millones por la mano de Fernanda: es más de lo que el señor B.... necesita para salir de sus apuros comerciales; la respuesta lo antes posible al palacio de Valdemar, en Recoletos.

»EL BARÓN DE VALDEMAR.»

El banquero quedó mudo de asombro : ¿ dónde había visto el Barón á su hija ? Lo ignoraba ; pero él le ofrecía un medio de salvación,

cuando ya la idea del suicidio había pasado dos ó tres veces por su cabeza: mandó poner el coche, y salió al instante para su quinta.

Lo que pasó entre el padre y la hija en una hora que estuvieron encerrados, es fácil de suponer: ella se obstinó en casarse con el Barrón, y aseguró á su padre que sería muy dichosa.

Casi convencido éste , y sobre todo obligado por una cruel necesidad , volvió à Madrid , y escribió esta respuesta :

«Fernanda consiente en ser la baronesa de Valdemar; su padre admite el préstamo de seis millones, à reembolsar en pagarés en el término de dos años : se espera al señor Barón.

»B...., BANQUERO.»

Al día siguiente, el Barón y su futuro suegro fueron á la quinta; la joven halló al que iba á ser su esposo de bella figura, de modales llenos de distinción, y dotado además de una elegancia perfecta.

—¡Pero qué diferencia va del Barón á Jorge! (se decia ella, como arrepentida de hallarle agradable.) ¡Cuánto más vale mi Jorge!

El Barón se volvió à Madrid sin haberle dicho una sola palabra de amor, aunque, con la maestría consumada de un hombre de mundo, hizo resonar en su oido algunas galanterias : el Sr. B..... se quedó en la quinta.

Después de la comida, llamó à su hija al gabinete que él se reservaba, y le dijo que el matrimonio debía celebrarse al instante, y que era forzoso se lo escribiese à Jorge, y se preparase à dar su mano al Barón al fin de la semana.

La tímida é ingenua Fernanda quedó como herida de un rayo; cubrió su rostro infantil una densa palidez, y temblaron sus labios; pero al ver a su padre, que esperaba su decisión con la cabeza inclinada como el reo ante el juez, hizo un esfuerzo heroico, atendida su edad y su absoluta ignorancia de los dolores de la vida, y le preguntó:

-Padre mio, ¿ te da el Barón seguridades de salvación?

-Si, hija mía,-respondió el Banquero.

—Suya es mi mano; pues, según ya te he dicho...., sólo siento no poder disponer de algún tiempo más para pedir á Dios que me diera su ayuda y me concediese el valor necesario.

—; No te cases, hija mía! (exclamó el Banquero.); Venga antes la ruína, la muerte, el deshonor!

—Disponlo todo para la boda, padre mío (dijo la níña). ¡Ahora mismo escribiré á Jorge mi decisión!

Fernanda, dicho esto, se dirigió á su cuarto, é intentó en vano trazar algunas lineas para Jorge: su mano temblorosa se negaba á formar aquellos caracteres, que debían encerrar la sentencia de su amor.

Dos dias pasó llorando, y constantemente acompañada de la nodriza y de su prima, que lloraban con ella y no la abandonaban un solo instante; por fin, al tercero escribió á Jorge la noticia fatal, rogandole que fuese á verla al día siguiente por la mañana, para despedirse de él.

Jorge había sabido la notícia antes por su madre; ya se sabe lo que sucedió en aquella entrevista, y cómo en vano intentaron el amante y la nodriza disuadir á la joven de su empeño.

Ya hemos dicho también que en el desayuno se presento tranquila al parecer, y con la sonrisa en los labios.

Sin embargo, ni ella ni su padre podían tomar alimento alguno, y los dos procuraron engañarse mutuamente.

—Fernanda (dijo el Banquero): nos iremos ahora mismo a Madrid: iremos en el coche, tú, Leticia, Marta y yo; aquí quedaran los criados arreglando las cosas, y mañana dejarán cerrado y marcharán también; esta casa, hija mía, la reservo para venir a pensar en ti, y pedir a Dios que te recompense.

Fernanda no pudo contestar; el exceso de su emoción, y, digámoslo, de su dolor, la ahogaba; salió con su prima, cambió de traje, y luego, arrodillándose en medio de su aposento, dió un tierno y doloroso; adiós! á su tranquilo nido de niña, á aquella habitación en la que cada noche escribía á Jorge, y que aún estaba perfumada con las flores que éste había cortado para ella.

Enjugó sus ojos : dejó caer delante del rostro el velo de su sombrero para ocultar á su padre las huellas de su llanto, y bajó para tomar el coche, apoyada en el brazo de su prima, que la consolaba á media voz, sin poder reprimir sus lágrimas.

Ni una palabra se habló durante el trayecto: el Sr. B.... tenía la frente apoyada en sus manos; Fernanda y Leticia, asidas de la mano,